ENTRE PARÉNTESIS

Luis Alberto Marín*

Cerrabas los ojos y pensabas como entre paréntesis, como entre frases-diagrama: ¿Eras quien creías que serías hace treinta y cinco años? (La pregunta a quemarropa te recordaba el afiche gigante sobre la conferencia de *Dianética: la Ciencia Moderna de la Salud Mental,* puesto en el lado *derrier* del World Trade Center, en la Nápoles). No podías –no querías- reconocer que tu dilema existencial era horrible, y tal vez hasta patético. Cómo pudiste –sí, ¿cómo?- convertirte en la persona que eras, en ese lastre humano exiguo, antisocial, ensimismado y pensativo (lector voraz, empedernido, de novelitas negras y revistas pornográficas); en ese adulto de aspecto sórdido, desaliñado, de sentimientos ambiguos, volubles, excluyentes, y de remate apático, vago y solitario. Siempre pensabas como entre paréntesis. Y entre paréntesis te dabas treguas infinitas para todo: porque alargabas el índice sobre la fugacidad imperturbable –imperdonable- de los días del calendario, y las horas sólo eran largas o breves sucesiones volátiles sobre un fondo gris o blanco, detenidas a ratos solamente por la manía hiperacuciosa de releer –y a veces escribir en un grueso cuaderno verde atestadísimos apuntes de claves policíacas-, las deducciones, pesquisas y avatares que debía llevar a cabo el detective Paul Jean-Paul (del último episodio de la serie que al fin habías conseguido en un baratillo) para atrapar a sus presas, siempre en medio de un entorno plagado de hostilidades y condiciones adversas.

Entre paréntesis lo diferías todo, y ese todo era un "después" o un "mañana", una amalgama errática de indolencia y apatía, pero cuya perplejidad no lograbas erradicar ni desenredar del todo. Debiste haber sido

antropólogo, etnólogo o filósofo, pensabas, pero tu ingenuidad adolescente nunca pudo marcar, entonces, la línea exacta de tus vagas aspiraciones. (De la familia, unos hubiesen querido que ejercieras la abogacía o la medicina, la administración o la ortodoncia, así, en ese orden descendente; otros, -el bloque femenino- el sacerdocio o el comercio o, ya de perdis, la enseñanza pública, por aquello de la jubilación asegurada). Pero a los diecisiete cualquier expectativa se te aparecía escurridiza, informe, inaprehensible. Hubiera sido extraño que, para bien o para mal, a esa edad buscaras complicarte la vida en la vastedad prodigiosa que tenías enfrente, sin importar los riesgos implícitos ni cuánta consecuencia pudiera resultar en contra.

Cerrabas los ojos pero no ya para seguir durmiendo (imágenes geométricas a contraluz reverberaban tenues bajo tus párpados, mientras el ruido incesante y febril del tráfico citadino te indicaba casi siempre que ya era hora de dejar la cama), sino para no seguir viendo –ese reflejo automático de todas las mañanas- las alargadas y sucias vigas del techo alto, pero sobre todo para concentrarte y tratar de recordar a detalle –reflejos indolentes del insomnio y la lectura mórbida- esa parte del sueño casi siempre recurrente en que Paul Jean-Paul, con su fisonomía vaga y escurridiza, y sus ademanes un tanto afectados y su vestimenta demodé –en realidad, pensándolo bien, ni siquiera tenía esa pinta del detective clásico, si es que la había-, te narraba con intencionada displicencia y frases crípticas y entrecortadas las conclusiones aún no definitivas, por falta de pruebas irrefutables, de su último caso –caso que por otra parte, según parecía, no había producido ninguna conmoción social o mediática, salvo la que tenía lugar entre los deudos-: el del asesinato de una *teen* tres equis, cuya aspiración más alta era llegar a ser estrella porno y conseguir al menos un papel protagónico en una película del género, pero cuyo único obstáculo y drama personal consistía –pues en lo físico tenía más de lo requisitado-, en no tener la aprobación formal y consensuada de sus padres por no haber cumplido aún la mayoría de edad. El escenario onírico donde Paul Jean-Paul te convocaba casi indefectible-

mente, siempre fumando y a altas horas de la noche, era ese cafetín ochentero que algunos conocían como el *Coffee Break* de la San Rafael, ubicado en la esquina en chaflán de Sadi Carnot y Gómez Farías. Pero como su conversación era ambigua y difusa –a veces daba la impresión de que sólo estaba hablando consigo mismo como para tener una perspectiva más clara de las cosas-, tenías que echar mano de lo que recordabas de tus lecturas y de los apuntes del cuaderno verde y de tu imaginación, para poder ir atando cabos entre una y otra observación que hacía, lo cual no era fácil, pues a eso tenías que agregar el trabajo de ordenar mentalmente su sintaxis, abigarrada ya de por sí, y confrontarla con su presunta relación de los hechos. Generalmente, después de un choro de quince o veinte minutos sin detenerse, hacía una pausa y se quedaba como evaluando todo lo que había dicho en su último segmento. Y por alguna razón -que tal vez ni él mismo sabía-, se quedaba otro tanto observando fijamente el zoclo despegado del rincón más lejano del cafetín, como si en verdad hubiera algo que atrajera su atención o le molestara sobremanera (tal vez una excrecencia plástica en la pared, una perniciosa mancha móvil, una cucaracha que entraba o salía alternadamente de alguna rendija brotada del sueño o algún defecto que quisiera arreglar con solo mirarlo). Luego, como si la impotencia invadiera su parco buen humor, hacía un gesto evasivo de "ya qué importa" o "al diablo con todo", se levantaba como si estuviera a punto de irse, se paraba bajo el dintel de la ventana que daba a Sadi Carnot y se decía a sí mismo que tal vez era hora de irse a dormir un rato. Necesitaba despejarse del todo y meter en orden sus pensamientos; de otra manera la migraña, pensaba -esa migraña febril y angustiosa que lo ponía al borde de la histeria-, lo tiraría en la cama durante días y entonces tendría que recurrir de nuevo a los calmantes para poder seguir trabajando. Y ya no quería ni lo uno ni lo otro. "No en esta etapa de mi vida", reflexionaba con cierta dosis de ira y autocompasión. Tampoco deseaba regresar de nuevo a las terapias normalizadoras ("integradoras", pensaba) a las que había asistido antes, en eso que ciertas clínicas dan en llamar

"hospital de día". Una hora de riguroso autoescrutinio cada semana, como si no tuviera ya bastante qué analizar con su trabajo. De hablar de lo que le molestaba o no, de su vida personal, de su desempeño laboral, de su falta de vida social y sentimental, quizás; de su inmensa insatisfacción, de eso que algunos llaman "vacío existencial". Qué choro y qué pérdida de tiempo, se decía con fastidio. Y de remate los ansiolíticos dos veces al día. ¿Le había ayudado todo eso? Tal vez. Pero, a decir verdad, no lo sabía a ciencia cierta. La única certeza era que la realidad a veces sobrepasaba sus expectativas y le era difícil tomarle el pulso a las cosas. Qué lejos quedaban ya aquellos tiempos en que tuvo oportunidad de dedicarse a otra cosa, a vivir, a ser antropólogo, filósofo, pintor o escritor. ¿Acaso no prometía para eso?, y no a la abogacía o la medicina, la administración o la ortodoncia, como la familia quería. Pero un día, pensaba, sin darse uno cuenta, el talento huye, se esfuma, se hace éter. De cualquier modo ya era muy tarde para. Y como hombre racional, analítico y empírico que era, no creía en eso del destino escrito de antemano por una entidad suprema, pero su vida, según indicaban las cosas, parecía estar en medio de uno, y eso lo conmovía, lo ponía patético a pesar suyo, y daba en reflexionar en que si había tal destino, entonces él, *de antemano*, estaba definitivamente perdido. Lo cual no era nada halagüeño, sobre todo a esas alturas de su vida en que necesitaba desarrollarse como. En que tenía que hacer un doble esfuerzo por todo aquello que. Pero especialmente en un momento (¿crucial? ¿crítico? ¿confuso?), en que tenía que creer en sí mismo y en lo que hacía y en lo que pensaba, a pesar (o sobre todo por ello) de que esa vida de detective que llevaba era tan absurda, tan desigual, tan adversa ¿tan inútil? No, se dijo algo asustado. No podía ser inútil una actividad cuyo servicio a la sociedad consistía en protegerla y en mantener los valores de.

Afuera, la tríada de luces que pendían del semáforo colgante opacaban cualquier otra manifestación luminosa que pudiera agregar algún matiz extra a aquella atmósfera espectral, que se modificaba apenas con cada cambio de luces; podría decirse que era una atmós-

fera a la que Paul Jean-Paul estaba bastante habituado pues no había diligencia que, empezada a mediodía o por la tarde, no terminara en una noche como esa, tan vacía de casi todo y tan llena de estertores erráticos, de alucinaciones híbridas y desconcertantes, de olores descompuestos del día que acababan por. (En épocas de lluvia no había poder que devolviera el cielo a su estado normal durante horas. Los aguaceros nocturnos eran pequeños diluvios que entorpecían hasta las formas más indigentes de vida y ponían en suspenso –y a veces hasta en aprietos- a la mayoría de las cosas que se moviera en las calles). De cualquier forma, para Paul Jean-Paul sólo eran noches que iban y venían en medio de un desarraigo involuntario, desaforado hasta la médula. Noches desencontradas, desmarcadas, como sin alma, sin posibilidad de aferrarse a ellas, a una de ellas, al escuálido recuerdo sin porvenir de una sola de ellas. Más que como una melodía triste –a diferencia de lo que la vieja canción decía- para Paul Jean-Paul cada noche era más bien un sueño desesperado por alcanzar un punto imposible en una realidad, y una geografía, demasiado inestable.

Explorarse la barba con la yema de los dedos (más de tres días sin afeitarse eran suficientes para que la dureza de sus facciones quedaran envueltas por un halo de santidad agreste) y regresar de nuevo a la mesa (¿para completar algo? ¿para atar cabos sueltos?), con la inercia de quien sólo sabe estar solo y ajeno a cualquier condición del tiempo, fue una acción conjugada por la apatía y la inconsciencia que estaban quizás rebasando su capacidad de análisis y su paciencia. Y en medio de este inexorable punto muerto, donde a pesar de su pertinaz inquietud podía decirse que no cabía una conjetura más, Paul Jean-Paul se ensimismaba, reacomodaba un palillo usado en su oreja izquierda, suspiraba hondo como quien desea sacudirse un estado crónico y se ponía a jugar nerviosamente con una pluma cromada entre sus dedos, hasta que al fin, desganado y con la frustración de sus cincuenta años encima, cogía una servilleta de la mesa y se ponía a trazar pequeñas formas geométricas, o frases cortas seguidas de una señal en flecha marcando una orientación, que

luego encerraba cuidadosamente, una y otra vez, entre paréntesis, o frases-diagramas que sólo él entendía –como cuando se daba teguas infinitas para todo y solía alargar el índice sobre la fugacidad imperturbable del calendario-, mientras recordaba por enésima vez, con los ojos cerrados, el afiche gigante sobre la conferencia de *Dianética: la Ciencia Moderna de la Salud Mental,* puesto en el lado *derrier* del World Trade Center, en la Nápoles.

----
*Lumagui